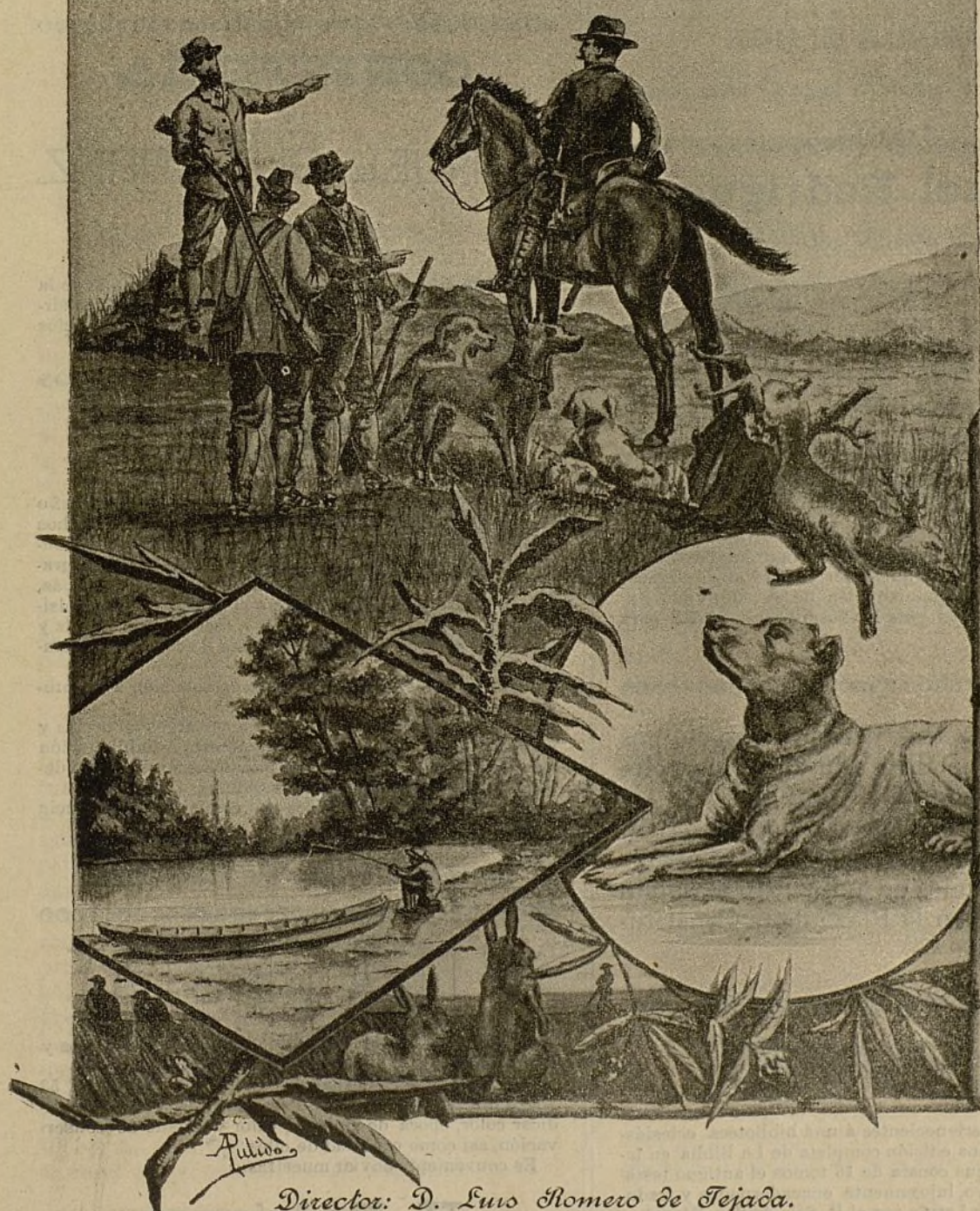


# El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.



# ANUNCIOS.

## El Montero de Extremadura.

CÍRCULO DE CAZADORES.

COMIDAS, CAFÉS Y HELADOS.  
PLAZA.

## Gran Bazar de Armas de Fuego.

MANUEL ARRIETA LIZARDI.

VILLAFRANCA DE LOS BARROS.

Gran surtido de armas de fuego de todas clases y precios.

## Manuel Rodriguez.

Obispo y Arco, 3.—MÉRIDA.

Para-rayos, teléfonos, timbres, aparatos electro-medicinales é instalaciones eléctricas de todas clases.

También ofrezco al público un inmenso surtido en anzuelos para lobos y zorras; cepos para estos mismos animales, garduñas, tejones, etc., para águilas, halcones y azores, y franceses, llamados de llave, para cazar topes, ratas de agua, lagartos y culebras.

## Destrucción de los Animales Dañinos.

Obra de gran utilidad para dueños de cotos, ganaderos, agricultores y toda persona que tenga intereses en el campo, escrita por D. Manuel Rodríguez y Ramos (*Lupus*)

Se vende en la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO, á 1 peseta para los suscriptores y 1'25 para los que no lo son.

Se arrienda una casa en total ó por habitaciones sueltas situada en la calle de San Juan de Dios, núm. 4.

Asimismo un corral espacioso con tinaos y cuadra, situado en El Rastro.

Para informes de uno y otro arriendo darán razón en la Plaza de la Constitución, núm. 28.

## SE VENDEN

libros antiguos pertenecientes á una biblioteca eclesiástica, entre ellos una edición completa de La Biblia en latín y castellano, que consta de 15 tomos el antiguo testamento y 4 el nuevo, lujosamente encuadernados y traducida de la Vulgata Latina por el P. Scio de San Miguel.

También hay Historias eclesiásticas, libros de sermones, vidas de santos, año cristiano, breviarios, etc.

En la Administración de este periódico darán razón.

## L'UNION.

COMPANÍA FRANCESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Á PRIMA FIJA

FUNDADA EN 1828,

RECONOCIDA EN ESPAÑA POR REAL ORDEN.

Capital social. . .	10.000,000	} pesetas.
Reservas. . . . .	79.295,157	
Total. . . . .	89.295,157	

AGENTE EN MÉRIDA:

Francisco Toribio Macías.

PUENTE, 14.

## CONFITERÍA

DE

MANUEL GUTIERREZ.

PLAZA. 13.

Este acreditado establecimiento, el más antiguo de la provincia, pues cuenta 74 años de existencia, sigue sirviendo como siempre á su numerosa clientela á precios económicos.

## Á LOS CAZADORES.

En la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO se ha recibido un grande y variado surtido en cartuchos de las mejores marcas y varios calibres sistemas Lefauchaux y Central, tacos superiores de cartón, fieltro, grasos é impermeables, cananas, cintos de caza, polainas, bolsas para cartuchos, chalecos con bolsas y tres bolsillos, porta escopetas, porta mantas, reclamos de perdiz y codorniz, collares para perros, vasos de campo con estuche, etc.

Todos estos artículos se venden en comisión á los precios de fábrica.

Además se reciben toda clase de encargos en armas y efectos de caza, siendo de cuenta de esta Administración su transporte hasta el punto que designen, si así lo desean los que utilicen nuestros servicios.

No olvidar que vendemos en comisión sin ganancia alguna.

Administración, Obispo y Arco, núm. 2.—MÉRIDA.

## FILATELIA.

Compra y venta de toda clase de sellos españoles y extranjeros.

Se compran sellos españoles de los años 50, 51, 52, 53 y 54 á precios elevadísimos. Para dar precios hay que indicar color, época de emisión, valor y estado de conservación, así como cantidad de ellos.

Es conveniente enviar muestras.

H. Rodríguez

Obispo y Arco, 3. — MÉRIDA.



ADMINISTRACIÓN.

OBISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

**EL MONTERO**

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

**EXTREMEÑO**

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

**¡La clausura de la veda!**

**E**LA ley santa é ineludible de la procreación de las especies de los animales considerados como piezas de caza se ha cumplido. Los cazadores, muchos por desgracia, que no hacen caso de una prescripción tan sublime y grande, que ni aun merece ser discutida por reconocer como base los fundamentos de la razón de la Naturaleza, sentirán hoy, no la legítima alegría de los pocos que guardan ciego y respetuoso acatamiento á la veda, sino las mordeduras de ese malestar que tras una mala acción corroe nuestra conciencia y mina nuestra tranquilidad y reposo, como son los remordimientos.

Ni el marino que pisa tierra después de larga y penosa navegación y de pavoroso naufragio; ni el soldado que tras de ruda campaña divisa la aldea donde nació y donde le aguarda el amor, la tranquilidad y la dicha; ni el caminante que tras penosa jornada erizada de peligro y en lucha desigual con la ventisca, la obscuridad y la tormenta, después de haberse hallado perdido, desamparado y solo, encuentra al fin posada, lumbre y seres humanos, pueden experimentar un goce superior ni comparable al que siente todo cazador que, después de haber guardado religiosamente los preceptos de la veda, vé llegar el día venturoso de la primera expedición.

Ese día grande entre los grandes, día memorable, que no se presenta de improviso á sorprendernos con un inesperado placer, sino que le antecede una larga alborada, como lo es para el aficionado los bulliciosos preparativos en que la habitación ó despacho de un cazador se asemeja á una tienda de campaña en víspera de una batalla, sin que haya un mueble que no esté atacado del pintoresco desorden; en que el tintero ha sido reemplazado por la cartuchera, el papel por el morral, las plumas por la escope-

ta, los cartuchos, poláinas, botas y demás arreos tirados sobre la mesa, y cuya presencia é invasión en tal sitio nos recuerda con sublime elocuencia muda que es llegada la ocasión de no poder coordinar las ideas para trasladarlas al papel, sino de salir al campo á disparar contra todo bicho viviente, llevando nuestro estrépito del monte á la llanura, del valle á la sierra, desde cuya cima estamos más cerca de San Eustaquio, San Humberto y demás venerados cazadores, que si no pueden abandonar su vida llena de bienaventuranzas, bajando á la tierra entre nubes de humo y relámpagos de pólvora, contemplarán cuando menos desde su celeste mansión las hazañas venatorias á que nos incita nuestra afición contenida por tanto tiempo.

La víspera de tan señalado día vemos en nuestros ensueños y fantasías á la casta diosa Diana tan bella y arrogante arrancando de su magnífica trompa de caza vibrantes notas que inundan el monte del belicoso son de guerra. La vemos con la morbidéz de su seno que apenas puede contener en el ajustado corpiño que oculta los tesoros de tan hermosas bellezas; el ceñido calzón-polaina que no consigue disfrazar el contorno incitante de sus esculturales formas; sus hermosos cabellos trabajosamente contenidos por una diadema de oro no tan brillante como la luz que irradian sus negros ojos, y empuñando el arco que es su cetro y seguida de su jauría que es su emblema, llevándose á sus lábios frescos como cerezas cubiertas de rocío la bocina de plata, lanza al aire la fanfarria de caza, cuya sublimidad y grandeza no hay aficionado al noble arte que no escuche con inefable placer y entusiasmo.

¡Día grande entre los grandes! ¡Día solemne y lleno de emociones que no pueden escribirse, porque entre lo que se siente y lo que se escribe hay la misma distancia que entre el alma y las letras del alfabeto! ¡Día especial que no limita, sino que sirve de comienzo á un período venturoso para el cazador! Las primeras horas del 15 de Agosto sonarán en la mitad de la península



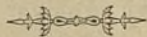
mezcladas con el ruido de tiros producidos por la clausura de la veda.

Entreguémonos en cuerpo y alma al noble ejercicio que fortalece al primero y templá á la segunda para las grandes cosas de la vida; dejemos á un lado las malas artes y las asechanzas impropias de todo buen cazador, y en buena y franca lid persigamos á los animales destinados para nuestro sustento, grabando en la memoria los hechos y episodios que ocurran para referirnoslos al amor de la lumbre en el próximo invierno ó para darlos á la publicidad por medio de EL MONTERO EXTREMEÑO, cuya redacción en masa saluda llena de júbilo á sus compañeros de afición, marcando este día con piedra blanca como hacían los romanos para conmemorar los sucesos faustos de la vida.

¡San Eustaquio, y á ellos!, es el grito que hoy se oye en nuestra redacción en honor de la verdadera solemnidad que conmueve con su magia nuestros corazones, y que se titula ¡la apertura de la caza!

M. M.

15 Agosto del 96.



## Crónica de caza y pesca.

Cacería vaqueo del día 4 del presente mes  
en Alcuescar.

Reunidos los señores que constituyen la crema en afición á la caza mayor, en la tarde del día 3 y citados con los no menos aficionados del inmediato pueblo de Arroyomolinos, compusieron una partida numerosa y respetable, tanto de hombres, cuanto de buenos y probados perros.

Cenaron y durmieron en fraternal consorcio á distancia conveniente de las manchas que habían de ser objeto de la batida á la mañana siguiente. Al despuntar el alba echaron las monturas, é impacientes perros y cazadores se pusieron en marcha á las órdenes de sus respectivos capitanes.

Para una sola batida fueron colocadas las escopetas rodeando dos extensas manchas y cortadas por dos de segura puntería. De á pie fueron los monteros que condujeron los perros al lugar en donde en cuatro horas no dejaron de correr desde la primera lata lanzada al viento por la perra Negra y el Careto á la ida de las cochinas á la cama, y la llamada en firme del perro Liberal que las diseminó en distintas direcciones, asemejándose aquello entonces al fuego de una guerrilla hecho por los monteros y una de las bandas. Huidas ya pasaron á la segunda paralela, en donde D. Francisco Cáceres (a) Caco Pío, con su certera puntería despachó á una cochina grande que le entró de frente. Momentos después hizo fuego sobre un jabalí de enormes dimensiones y mucho peso, D. Valentín Valverde, que solo un salto y pocos pasos dejó de vida á la fiera.

¡¡Qué perros, lectores de EL MONTERO!! No los hay mejores en el mundo.

Ya que de este último señor me ocupo, quisiera merecer de tan amables lectores fijaran

bien en su memoria el mal perjeñado retrato que voy á darles. Traigan conmigo á su imaginación un señor alto, de fisonomía agradable, de simpática expresión, de ojos negros y centelleantes, de barba blanca, de téz morena, de manos pequeñas y enjutas, de temperamento marcadamente nervioso, de noble continente y reposado andar. Moralmente considerado es instruido, amabilísimo en su trato, de maneras distinguidas, sin ostentación, y el consejero fiel que guía é instruye por el camino de la verdad á cuantos se honran consultarle como letrado, y siempre, siempre sin remuneración alguna.

Este es el hombre que ciego, apasionado, febril y delirante acude á todo llamamiento de caza mayor que se acuerde en ésta por cualquiera. Su nombre, respetado por todos y de todos querido, sirve de acicate y esperanza; sus consejos son obedecidos ciegamente por aquellos que forman las partidas que continuamente salen á batir el monte. Su escopeta de dos cañones, arma terrible en sus pequeñas manos y juguete que vomita la muerte sin cesar, es sin disputa alguna un objeto que pasará á la posteridad, pues su larga historia bien merece la consideración que se tributa á los que pertenecieron á los héroes.

A ciento treinta y seis reses ha paralizado en su vertiginosa carrera el arma que cito. Solo muchas veces, acompañado otras, ha sido siempre la admiración de cuantos le han tratado y conocido en estas excursiones. Mientras sus ojos tenían la vista de las águilas, jamás ocupó ningún puesto; su febril impaciencia le llevó á montar, en donde unas veces de pie sobre el caballo, de rodillas otras y en difíciles posiciones las más, sus balas herían de muerte casi siempre á la res objeto de su puntería.

Hoy que el frío de la vejez blanquea su cabeza, y los achaques enervan y entorpecen sus movimientos no dejándolo hacer aquello que hizo antes, sufre horribles desalientos, que desaparecen tan pronto como se acuerda otra nueva montería.

No gustando dicho señor de exhibiciones, pídale perdón desde estas columnas, jurándole ante Dios y por mi ánima, que no me guía más objeto que el de dar á conocer las glorias de mi país á los constantes devotos de EL MONTERO.

ANTONIO LANCHÓ.

Alcuescar y Agosto 9 de 1896.

\*  
\* \*

Con objeto de obsequiar á los Sres. D. Alonso Bejarano y D. Cándido Mendoza, de Puebla de la Calzada, los Sres. D. Alfonso y D. Carlos Pacheco invitaron días pasados á varios amigos á cazar en el famoso coto de Don Tello. Reuniéronse hasta catorce, matando en cuatro horas, de unos 400 disparos, 108 conejos, 14 liebres y 4 perdices. Sobresalieron los Sres. Bejarano con 20 piezas, Romero con 16 y Mendoza con 14.

Los Sres. D. Manuel Romero, D. José Millán, D. Fidel Ulloa, D. José Joaquín Iglesias y don Miguel Durán, fueron invitados á cazar al coto

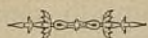


de Valdemaderos por su dueño D. Antonio Calzado.

En cuatro horas de faena dieron muerte á 54 conejos y una liebre.

Con quedar tan complacidos los cazadores por el buen resultado de su expedición, en cuanto al número de piezas cobradas, lo estuvieron más de la galantería y exquisitas atenciones que recibieron del Sr. Calzado y de su hijo Alfonso.

LUPUS.



## La Golondrina.

### I.

CUANDO la nieve desaparece de la aldea, el sol alegra los valles y los montes vecinos y el grano ha germinado entre los surcos que el arado dejó en los llanos, la golondrina aparece de súbito anunciando la primavera.

Día es este de alegría para muchas gentes.

En algunos pueblos lo celebran con bailes y regocijos públicos.

Entre muchas familias constituye la aparición de las golondrinas una efeméride que señalan como época anual de bonanza.

Pocos volátiles habrán dado ocasión á más poesía y á variedad mayor de asuntos literarios.

Los gritos alegres de las golondrinas son el anuncio del buen tiempo. Cuando se las vé revolotear, girar, comer y beber volando, alimentar á sus hijuelos y aun sostener sus coloquios de ternura en los espacios, el ánimo despierta del sueño invernal y se complace en saludar á los vecinos de la pasada primavera, que vuelven al nido que fabricaran bajo el alero del inmediato tejado.

La tradición ha robustecido con su amparo y sus bellezas el amor que todos, y singularmente la mujer, sienten por las golondrinas.

En Grecia, una diosa convertida en golondrina, iba buscando por todas partes á sus hijuelos que le habían sido arrebatados.

Entre los pueblos de Oriente, matar una golondrina es violar las leyes de la hospitalidad. Los pueblos del Norte las respetan en alto grado, y solo en algunos míseros lugares del Pirineo y de los Apeninos suelen cazarlas para comerlas; pero son tan inteligentes, que las que escapan de la matanza, al llegar de nuevo á los mismos lugares, levantan mucho el vuelo y pasan de largo, dando á la vez aviso á sus compañeras para que hagan lo propio.

En España una tradición religiosa hace que se considere como ave sagrada á la golondrina. En siglos anteriores, los sencillos jardineros valencianos holgaban el día que veían posarse en el alero de sus ventanas á la primera golondrina, y los aldeanos de las márgenes del Duero, en Portugal, destapaban una botella del vino mejor de sus bodegas cuando veían surcar por el espacio la primera golondrina, en señal de alegría.

¿Por qué estos regocijos á los pequeños pája-

ros de la familia de los fisirostros? ¿Qué significación tienen en la agricultura? ¿Qué tradición es la suya en la mitología?

### II.

Por toda antigüedad, trae la golondrina su abolengo en una piadosa tradición legendaria que la leyenda nos trasmite y los poetas nos cantan en todos los países cristianos.

Veamos la leyenda:

Hace cerca de diecinueve siglos la ciudad de Jerusalén, en Palestina, fué teatro de un crimen espantoso.

Cristo, el Nazareno, llamado Hijo de Dios, preso y juzgado por los hipócritas y fariseos, había sido condenado á morir en una cruz como el más infame de los criminales.

Sus enemigos le habían antes azotado cruelmente, y para escarnecerle, le habían coronado de espinas, que desgarraban sus sienes y su frente.

La atroz sentencia que firmara Pilatos se cumplió, y Jesucristo, crucificado entre dos ladrones, dió su vida para ejemplo de su amor al hombre y por redimirle de las tiranías que le imponía el paganismo romano.

La horrenda ejecución se verificó en el Gólgota.

Allí quedó clavado en la cruz Cristo, hasta que José de Arimatea, ayudado de algunos discípulos del Salvador, vino á desclavar del madero para enterrarle en el sepulcro de su propiedad.

Durante el tiempo que Cristo estuvo expuesto en la cruz sufriendo tormentos horribles, las golondrinas, más compasivas que los hombres, volaban alrededor del Crucificado, y acercándose á su rostro, se posaban sobre la cabeza y fueron arrancando una por una las espinas que desgarraban la coronada frente del Nazareno.

Esta tradición se ha conservado hasta nuestros días entre los pueblos orientales, y todos los buenos cristianos miran por esta razón con profundo respeto á las golondrinas, recordando el beneficio que hicieron á Cristo cuando espiraba en el Monte Calvario.

### III.

Tal es la leyenda que, á través de los siglos, nos transmite la tradición sobre las golondrinas.

En Polonia se castigaba con penas severas al cazador que les diese muerte.

En España, Italia y Portugal se las considera como ave sagrada.

Prosistas y poetas han escrito y cantado á estas aves con predilección, pero mayormente los poetas. Grilo, inspirándose en lo más ideal de estas aves, dice:

«Ellas, al morir la luz,  
lloran con eco doliente;  
ellas besaron la frente  
de Jesucristo en la Cruz.  
Son las aves peregrinas  
que á Dios levantan el vuelo;  
son ¡ay! las aves del cielo  
y se llaman .... golondrinas.»

Y la musa popular ha compuesto también



canciones sencillas, con estrofas, algunas de ellas como la presente:

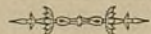
«Las golondrinas  
le quitaron á Cristo  
tres mil espinas; etc.»

Nuestro inolvidable Becquer es el que ha interpretado mejor que ningún otro poeta el sentido ideal de estas pequeñas aves en las siguientes estrofas:

«Volverán las obscuras golondrinas  
en tu balcón los nidos á colgar;  
y otra vez con el ala á sus cristales  
jugando llamarán.  
Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha al contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
esas .. ¡no volverán!»

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Continuará).



## CAPÍTULO V.

La sorpresa.—Un nuevo lobo.

En los primeros momentos nadie se ocupó en seguirlos. Gracias á esto y á la agilidad y hercúleas fuerzas de que á falta de inteligencia le había dotado Dios, pudo Ortuño con tan pesada carga recorrer en breve tiempo un buen espacio, ocultándose pronto en la espesura.

Presumiendo con razón que no tardarían en ser seguidos, así que se internó en el monte cambió de dirección, único medio que tenía de evitr que pudieran darle alcance. Por mucho que corriera no se ocultaba que sus fuerzas eran limitadas, y al cabo serían cojidos sin remedio de no poner en práctica la astucia.

Cuando consideró que siquiera mientras descansaba podían estar seguros, detuvo su carrera, y con sumo tacto para no causarle daño colocó á Farfán en el suelo, cuidando de apoyarle el cuerpo contra una fuerte mata, pues el estado de su cabeza no le permitía permanecer derecho. Allí fué donde le refirió á Ortuño la extraña historia del capítulo anterior. Y digo extraña historia por tratarse en ella de un hombre como el padre de D. Alfonso, tenido por todo el mundo como perfecto é hidalgo caballero, incapaz de sentir ni manchar su ilustre nombre con pasión tan criminal como la supuesta por el corsario Farfán.

Ya hacía rato que estaban allí. Ortuño había descansado, y se propuso, para mayor seguridad, alejarse aún más de aquellos sitios. Pero Farfán, que seguía cada vez

peor, no consentía que cargasen otra vez con él, empeñándose ir por su pie, cosa que en camino abierto y firme hubiese sido difícil en su estado, cuanto más donde se hallaban, en medio de monte tan espeso, en el que las ramas del lentisco, tomillo, brezo y jara, entrelazadas, forman tan tupida red que es un verdadero seto.

Farfán en dos ó tres ocasiones de su vida se había encontrado amagado de enajenación mental, y aun cuando de esto hacía ya tiempo, en la ocasión presente, dada su predisposición y provocado en la noche última por la terrible lucha que durante tanto tiempo sostuviera dentro de un charco con los innumerables lobos, el mal se había presentado terrible, amenazador; pero la buena naturaleza del enfermo sabía triunfar y dejar en condiciones otra vez al corsario mejor y al capitán más práctico en cincuenta leguas á la redonda.

Ortuño no sabía qué hacer ni qué resolución tomar. Creía, sí, que su querido Farfán estaba malo, muy malo; pero no se le ocurrió la idea de que la enfermedad que tan rápidamente le había acometido fuese un ataque de locura. Lejos de esto, lo creía muy cuerdo, puesto que ni por un momento dudó de la veracidad de la historia de D. Pero Iníguez, y por esto, su mayor cuidado por el pronto era ocultarlo en forma de que D. Alfonso, su hijo, no pudiera dar con ellos. Así es que, aun á riesgo de exasperar más á su amigo, le cojió otra vez, y á viva fuerza consiguió trasportarlo como á un cuarto de legua más distante del sitio en que había estado descansando, lugar que consideró ya seguro.

Farfán seguía mal. Después de mucho gesticular y decir mil palabras incoherentes quedó como adormecido; pero la respiración fatigosa y los estremecimientos nerviosos que continuos tenía, indicaban que aquella postración no era buena, y Ortuño se decidió á buscar auxilios por aquellas inmediaciones.

No se percibía ni el más lejano rumor. Todo estaba en calma y podía sin temor salir Ortuño á traer el socorro deseado; pero en aquel instante un terrible lobo, escapado por milagro con vida de la hecatombe habida la madrugada anterior en el célebre charco de la fuente de Casillas, cruzó con pasó rápido una pequeña planicie que había delante del sitio en que se encontraban nuestros dos corsarios. Esto hizo detenerse



á Ortuño. Pensó que de dejar solo á Farfán, aun cuando fuese por breves instantes, era dejarlo expuesto á un peligro aún mayor y más seguro, pues indefenso como estaba indudablemente había de ser atacado por los lobos.

Ante esta contrariedad tuvo que resignarse á esperar llegase la noche, que entonces sin temor podía cargar otra vez con su desgraciado amigo, y favorecido por la obscuridad conducirlo á sitio en el que pudiera ser auxiliado por persona conocedora de su mal.—Esperaré, sí, esperaré,—se dijo.—No me perdonaría nunca el haber dejado á mi amigo expuesto á tal peligro; quizás entre tanto la Providencia envíe algún socorro. El camino está cerca y..... ¿quién sabe?

Pensado esto, se subió á lo más alto de una roca que detrás había, y con la ballesta dispuesta á todo evento esperó que el aire soplase de mejor lado trayéndole la suerte deseada.

\*  
\* \*

Nadie los conoció. Los únicos que pudieron dar noticias de ellos eran Fortún y Nuño, á la sazón ausentes.

Repuestos ya de la sorpresa, pensaron en la conveniencia de dar alcance á los fugitivos. Un hombre que huye se hace siempre sospechoso. Aun cuando en un principio tampoco hubiera sido cosa fácil, pues para aquel hombre que parecía llevar alas en los pies, no había obstáculos que detuviesen su carrera. A campo través, saltando matas, subiendo y bajando rocas, salvando zanjás y arroyos con facilidad pasmosa, se ocultó en el monte sin dejar rastro alguno de su paso.

El señor de Espinal, en vista de que su querida esposa la bella Brachina estaba al cumplir el noveno mes de embarazada, y hacía rato se quejaba de estar algo indispuesta, dispuso hacer alto y que armasen las tiendas de campaña, á fin de que descansase con más comodidad en tanto él salía á cazar á aquel hombre que con carga tan pesada había demostrado tal prodigio de agilidad y destreza en las piernas.

No era solo el capricho lo que decidió á D. Alfonso el cazarlos como él decía. Aun cuando nada había dicho por temor de entrar en aprehensión á su esposa, tenía otras razones de más peso para procurar la captura de aquel hombre.

El tenía un enemigo terrible por lo ladino

y traicionero. Un enemigo envidioso de sus triunfos en la guerra, y sobre todo de la posesión de Brachina, á la que había requerido de amores con insistencia, siendo siempre despreciado, por lo que juró odio eterno al marido y venganza contra ella, que había de ser en armonía con su persona ruín y baja.

En más de una ocasión había tendido un lazo á D. Alfonso para apoderarse de su esposa; mas la suerte, serenidad y valentía de éste habían dejado burlado y maltrecho al infame caballero.

Tal personaje era de linajuda estirpe; mas si de sus mayores había heredado nombre, hacienda y títulos de nobleza, no así la del corazón de que carecía. Su nombre era D. Juan Guzmán de la Concha, conde de Río-frío.

El señor de Espinal entró pronto en sospechar de aquellos hombres que así huían no eran ajenos á los planes del conde. Que estaban allí puestos para algo, y este algo no podía ser nada bueno. Por tanto le interesaba su captura, aun cuando para ello hubiese necesidad de dar fuego á aquellos montes. Pensado esto, clavó los acicates al caballo, y seguido de una pequeña escolta de sus mejores arqueros, partió á escape, con la velocidad que lo inseguro del terreno consentía.

Tres horas largas habían pasado desde que D. Alfonso abandonara el improvisado campamento en persecución de aquellos á quienes él creía espías del conde de Río-frío. No había podido hasta entonces conseguir su objeto. Ya iba perdiendo la paciencia, y por la contrariedad, el mal humor apoderándose de su persona. Pero era hombre que no fácilmente desiste de su empeño. Juró que vivos ó muertos aquellos hombres habían de caer en su poder, y no había otro remedio; tenía que suceder.

Se disponía á dar una segunda batida á toda la sierra del Vidrio y sus estribaciones, cuando vió venir hacia ellos á todo escape un ginete sobre un soberbio alazán.

Así que hubo llegado donde ellos estaban, sin bajarse del caballo y sombrero en mano, dirigiéndose á D. Alfonso en respetuoso tono, dijo:

—Señor; soy el montero mayor de vuestro pariente D. Gonzalo Iñiguez de Guzmán, en cuyos dominios os encontrais. Sabiendo que en vuestra expedición tenéis necesidad de tocar en estos sitios, encargóme el ofre-



ceros sus respetos, como asimismo á vuestra esposa, hasta tanto tenga el gusto de ofrecérselos en persona. Si necesitáis de algún servicio de mi humilde persona, también he recibido el encargo de ponerme á vuestras órdenes. Me llamo Favila; vea el señor si puedo serle útil en algo.

D. Alfonso se limitó á dar las gracias. Estaba de mal humor y no tenía ganas de perder el tiempo en inútiles cumplidos; mas pensando que aquel hombre pudiera tal vez haber visto á los que él buscaba, contóle en breves palabras la historia del encuentro, pero reservándose el hablarle de las sospechas que de ellos había concebido.

—No sé de quienes me habláis,—contestóle el montero Favila,—pero conozco palmo á palmo el país, y no hay rincón, escondite ó cueva que esté oculto para mí. Si esos hombres como aseguráis, y es probable, se encuentran escondidos en estos contornos, casi me atrevo, señor, á aseguraros que, si me concedéis el honor de seros vuestro guía, no tardarán en estar en vuestras manos, sean ellos los que fueren.

—Acepto,—dijo el de Espinal con marcada alegría en su semblante.

Dicho lo cual se pusieron en marcha, precedidos del que tan hábilmente había sabido ofrecerse á ser su guía.

Media hora poco más llevarían de marcha sin que se hubiese mediado entre ellos más palabras. Habían cruzado una grande esplanada, y se internaron por una estrecha vereda que cruzaba de Norte á Sur un intrincado bosque. Ya hacía rato que caminaban por él, cuando rápida paso por la mente de D. Alfonso la idea de si tal vez fuesen engañados por aquel hombre. Le hizo detenerse, y preguntóle que si estaba aún muy lejos el sitio donde iban, á lo que contestó secamente:—No,—y mostró al mismo tiempo una sonrisa satánica que contrastaba notablemente con el carácter que en un principio presentó, cortés y humilde.

D. Alfonso no pudo ya dudar. Había sido cojido y no podía volverse atrás. Iba á dar algunas disposiciones á sus criados, cuando vió que el supuesto guía se llevaba á los labios un silbato. Entonces con rapidéz suma intentó sacar la espada y dirigirse hacia él á fin de evitar que lo hiciese sonar, pero era tarde. Una flecha disparada por el lado derecho vino á herirle aunque levemente el brazo, al mismo tiempo que otra por el lado opuesto atravesaba el cuello de su caballo,

que al sentirse herido se levantó sobre las patas, dió media vuelta en el aire y cayó de espaldas cojiendo debajo á su ginete.

Todo fué obra de un momento.

Aturdido D. Alfonso con el golpe del caballo é imposibilitado de hacer uso de las armas, cuando rápidos y como fieras se arrojaron sobre él cuatro hombres que le ataron fuertemente, y después de vendarle los ojos, subiéronle á un caballo y partieron con él á todo escape.

La acometida fué brusca y firme. Los asaltantes ocultos entre la maleza dispararon con acierto sus flechas así que oyeron el silbato convenido.

De la pequeña escolta del señor de Espinal sin defenderse habían quedado sobre el sitio tendidos sin vida cuatro hombres; del resto solo uno llegó ileso al campamento, dando cuenta del suceso.

Entre tanto la infortunada Brachina ignorando la suerte de su esposo, daba á luz un robusto niño, sin auxilio de médico ni comadrón, y con toda felicidad.

Y ¡oh sorpresa!, al igual que su padre tenía el hijo en la espalda una mancha violácea que perceptiblemente dibujaba la cabeza de un lobo, marca indeleble por lo visto de la raza.

JORGE JUÁN.

### Sección de noticias.

Como todos los años, por esta época han empezado los incendios. A pesar de que en el presente la falta de pasto impide que sean muy extensos, en algunos cotos de mucho monte han sido abrasadas grandes extensiones de terreno.

Entre éstos se cuentan gran parte de los cotos de Valdemantillas, Las Marradas y Las Herrerías.

En este último una pareja de la Guardia civil en combinación con el guarda de la finca, se apoderaron de tres individuos, á los que se creen autores de éste y otros incendios, y según se nos asegura, existen pruebas suficientes que prueban su culpabilidad.

Parece que una partida de cazadores de Alcuéscar que se hallaban en Valdemantillas, dieron noticias á la citada pareja y al guarda, que facilitaron la captura de los criminales.

Si todos los cazadores y guardas dejando á un lado egoismos y temores, ayudasen como éstos á la benemérita, no quedarían impunes tantos incendiarios.

Mérida: Tip. de Plano y Corchero.